

CUADERNO DE TRABAJO N° 70

Panorama político del Perú contemporáneo y las herencias de un postconflicto fallido

**Carmen Ilizarbe
Luis Nieto Degregori
Nelson Pereyra
Vicente Alanoca
Diana Flores**

OCTUBRE, 2025

CUADERNO DE TRABAJO N° 70

Panorama político del Perú contemporáneo y las herencias de un postconflicto fallido

Carmen Ilizarbe

Luis Nieto Degregori

Nelson Pereyra

Vicente Alanoca

Diana Flores

**Panorama político del Perú
contemporáneo y las herencias de un
postconflicto fallido**

© **Carmen Ilizarbe**
© **Luis Nieto Degregori**
© **Nelson Pereyra**
© **Vicente Alanoca**
© **Diana Flores**

Diseño de carátula: Vanessa Sanz

Editado por la Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento Académico de Ciencias Sociales

Av. Universitaria 1801, Lima 32 – Perú
Teléfono: (51-1) 626-2000 anexo 4300
dptoccss@pucp.edu.pe

Primera edición digital octubre 2025
ISBN: 978-612-49229-5-4
Depósito Legal: 2025-02861
Publicación disponible en:
<http://departamento.pucp.edu.pe/ciencias-sociales/>

Panorama político del Perú contemporáneo y las herencias de un postconflicto fallido

Carmen Ilizarbe

Coordinadora del Grupo de Investigación Interdisciplinario en Memoria y Democracia
Pontificia Universidad Católica del Perú

cilizarbe@pucp.edu.pe

Luis Nieto Degregori

Escritor e investigador independiente cusqueño

lnietodegregori@pucp.edu.pe

Nelson Pereyra

Historiador y profesor

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga

nelson.pereyra@unsch.edu.pe

Vicente Alanoca

Antropólogo y profesor

Universidad Nacional del Altiplano en Puno

valanoca@unap.edu.pe

Diana Flores

Comunicadora y candidata al doctorado en Sociología por
la Pontificia Universidad Católica del Perú

flores.diana@pucp.edu.pe

María Eugenia Ulfe

Profesora principal

Pontificia Universidad Católica del Perú

Organizadora del VIII Congreso Memorias en Tránsito,

Memory Studies Association, 18-20 julio 2024.

Organizadora de la mesa redonda.

mulfe@pucp.edu.pe

Esta fue una propuesta de panel para reflexionar sobre el panorama político peruano contemporáneo. Fue una actividad subvencionada del Departamento de Ciencias Sociales (año 2024) organizado por la profesora María Eugenia Ulfe y el Grupo de Investigación Interdisciplinario en Memoria y Democracia. Esta fue una sesión especial presentada en el marco del VIII Congreso Internacional “Memories in Transit” de Memory Studies Association, que tuvo lugar en la Pontificia Universidad Católica del Perú entre el 18 y 20 de julio de 2024.

La moderación y preguntas estuvieron a cargo de la profesora Carmen Ilizarbe, coordinadora del Grupo de Investigación Interdisciplinario en Memoria y Democracia, y entre sus participantes se contó con:

- Luis Nieto Degregori: escritor e investigador independiente cusqueño.
- Nelson Pereyra: historiador y profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- Vicente Alanoca: antropólogo y profesor de la Universidad Nacional del Altiplano en Puno.
- Diana Flores: comunicadora y candidata al doctorado en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Presentación

Carmen Ilizarbe

Buenas tardes. Con este grupo de colegas vamos a hablar sobre la situación actual del Perú, la situación política del país, tomando en cuenta las dos décadas y media posteriores a la transición democrática, digamos, el desarrollo de la democracia en el siglo XXI.

Vamos a operar en la siguiente dinámica. Tendremos dos rondas de intervenciones; yo voy a formular preguntas a nuestros panelistas y ellos van a responder por unos cinco minutos cada vez. Esto nos va a dejar un espacio al final de la mesa para sus comentarios o preguntas para el grupo de panelistas.

Primera ronda

Carmen Ilizarbe: La primera pregunta es sobre el proceso nacional de la democracia. ¿Cómo caracterizarían ustedes la participación de actores regionales en el proceso de construcción, o también debilitamiento, de la democracia peruana en el siglo XXI, después del conflicto armado interno y la transición del año 2000? Más precisamente, ¿qué tipo de democracia creen que hemos tenido en este tiempo? ¿Cómo se ve, cómo se ven estos procesos desde las regiones? Y también, ¿qué nos dejan estos años a favor y en contra de la democratización plena del país, desde la perspectiva de las dinámicas sociopolíticas y los actores sociales de las regiones?

Respuesta de Luis Nieto Degregori

Buenas tardes. Creo que, en el caso de la región de Cusco, de donde provengo, hemos tenido a partir del 2000 una democracia fallida o “mínima” (para usar un término que utiliza Carmen Ilizarbe), que no satisface las expectativas de la población. Me apoyo para sostener esto en un artículo que publiqué hace poco en la revista Quehacer sobre las crisis en las que estamos inmersos, artículo que titulé “No una, sino muchas crisis” (Nieto Degregori, 2023). En el aspecto político hago referencia a un estudio que hicieron, en el 2016, Paula Muñoz y Martín Monsalve (2016) sobre las élites regionales en Cusco, Arequipa, Piura y San Martín entre los años 2000 y 2013. Las conclusiones a las que llegan estos autores es que Cusco es la región más desorganizada políticamente, con movimientos regionales que no habrían logrado institucionalizarse y que mostraban en extremo dependientes de liderazgos personales pasajeros. Para hacer este diagnóstico, estos autores analizaron los procesos electorales regionales y municipales del 2002, 2006 y 2010 y pintan para el caso cusqueño una situación sumamente grave: la de unas élites políticas tan desarticuladas que son incapaces de imaginar y gestionar el desarrollo de la región.

Este estudio, como les mencioné, llega hasta el 2013. Después de ese año, la salud del paciente no hizo sino empeorar con casos muy sonados de corrupción. El 2013, el gobernador de ese entonces, Jorge Acurio Tito, fue destituido y recluido en la cárcel por un sonado caso de corrupción que tiene que ver con las grandes constructoras brasileñas. El siguiente gobernador fue Edwin Licuona, elegido para el periodo del 2015 al 2018. Al terminar su periodo, Licuona también recibe una pena de prisión preventiva y está afrontando un juicio en el que se piden diez años de cárcel para él y para otros funcionarios de su gestión.

Otro mal endémico de la política cusqueña es que hay una absoluta descoordinación, incluso enfrentamiento, de gobiernos municipales y gobierno regional. El caso más llamativo fue un enfrentamiento que hubo entre el 2015 y 2018 entre el gobernador regional, Edwin Licuona, y el alcalde provincial de Cusco, Carlos Moscoso. Lo curioso es que ambos habían sido elegidos por el mismo movimiento regional Kausachum Cusco.

A esta crisis política se suma una crisis social muy grave. La sociedad regional en los últimos veinte años no ha puesto en agenda las necesidades de la mayoría de la población indígena que se dedica a la agricultura (40% de la Población Económicamente Activa, PEA, según el censo de 2017), y tampoco las demandas de esos sectores de origen también indígena ocupados en los servicios y el comercio en el marco de la informalidad: 28.5% de la PEA está en servicios y 16% en comercio. De hecho, desde hace décadas la sociedad regional apuesta por el aeropuerto internacional de Chinchero que, en realidad, es más un espejismo que un verdadero pilar para el desarrollo regional.

La exclusión que históricamente sufren las mayorías indígenas y mestizas de origen indígena y el enorme malestar que esa situación genera han encontrado en las dos últimas décadas solo un canal de desfogue: la apuesta en las elecciones presidenciales por los candidatos que durante sus campañas se presentaron como antisistema y apelaron a su identidad andina, indígena o chola, como Alejandro Toledo, Ollanta Humala y, por último, Pedro Castillo en las últimas elecciones. En este último caso, como bien ha hecho notar Alicia del Águila (2023) en un reciente estudio comparativo sobre la polarización en Brasil y Perú, mientras en el Trapecio Andino el 80% de la votación en segunda vuelta fue hacia Pedro Castillo, en los distritos más acomodados de Lima, como San Isidro y Miraflores, Keiko Fujimori alcanzó igual porcentaje.

Yo creo que esta suma de crisis política y de crisis social –no he abordado la crisis económica por ceñirme al tiempo que se nos ha dado– provoca el estallido social de fines del 2022 y comienzos del 2023 en la zona sur del país, en Puno, Arequipa, Cusco, Ayacucho y Apurímac. Y explica, asimismo, el protagonismo que en este estallido tuvieron los sectores indígenas y los sectores mestizos de origen indígena.

Respuesta de Nelson Pereyra

Para responder a la primera pregunta quisiera ensayar la categoría de democracia étnica o democracia andina que, hace años atrás, acuñó el antropólogo Carlos Iván Degregori. Él señalaba que, en la década de 1990, los campesinos participaban en política y accedían a los puestos públicos, y que esto era un fenómeno muy sutil en Perú. Efectivamente, en dicho decenio se observó la participación de campesinos en listas políticas, la mayoría independientes ya que estábamos en plena crisis de los partidos políticos, para participar de las elecciones municipales. Lo interesante es que, en el caso de Ayacucho, esos campesinos recurrían a la memoria para intervenir en la competencia electoral; es decir, se presentaban como los verdaderos artífices de la derrota de Sendero Luminoso. Muchos de estos campesinos candidatos, provenientes de la zona rural del departamento o del valle del río Apurímac, fueron elegidos como alcaldes y regidores de ciudades como Ayacucho y Huanta. En ambas localidades, tradicionalmente fueron los pobladores urbanos, descendientes de hacendados, los profesionales o comerciantes quienes ocupaban los puestos públicos. Por tal motivo, la presencia de campesinos en los gobiernos locales o en el Congreso fue un fenómeno interesante y muy particular.

Al iniciarse el siglo XXI, en el contexto de globalización y de emergencia de la etnicidad, los campesinos políticos incorporaron a su discurso símbolos e imágenes étnicas que, en medio de la globalización, refuerzan las particularidades e identidades. Por tal razón, movimientos políticos regionales y provinciales usan nombres quechuas como Hatun Tarpuy o Wari Llaqta y recurren a emblemas como el cerro que, en la cosmovisión andina, es la representación del espíritu de las montañas, apu o wamani.

Sin embargo, esta democracia étnica se ve interseccionada primero, por la crisis del Estado-nación y la emergencia de las regiones; de ello hablaré en la siguiente parte, y, luego, por la mentalidad individualista y utilitaristas generada por el neoliberalismo. La crisis del Estado-Nación ocasiona el resurgimiento de fusiones y esto, en gran parte, pienso que nos ayuda a explicar el estallido popular del 2022-2023.

Respecto a la mentalidad individualista y utilitarista causada por la aplicación del neoliberalismo, 30 años de educación impartida en el marco neoliberal y de propagación permanente del discurso del emprendedurismo por los medios de comunicación han hecho que los peruanos lleguemos a interiorizar tal mentalidad que ocasiona una conducta individualista que se ha trasladado a la política, de tal forma que los políticos consideran que cualquier plataforma, recurso y medio son completamente válidos para obtener un beneficio. Así devienen los numerosos casos de corrupción que aparecen en municipalidades, en gobiernos regionales y en otros espacios de gobierno.

El utilitarismo político recurre a las relaciones de reciprocidad y a las redes sociales para lograr los beneficios. Desde los años 1970, las Ciencias Sociales han explicado el funcionamiento de la reciprocidad, redistribución y de las redes sociales construidas a partir del

parentesco extendido en las comunidades campesinas y entre los migrantes instalados en Lima y dedicados a actividades comerciales. Recuerdo la figura del caballo de Troya que Jürgen Golte y Norma Adams usaban para estudiar los negocios de los migrantes en Lima, o la categoría de “economía étnica” que acuñó Ludwig Huber para analizar la conducta de los productores de Gamarra. Pero, en estos tiempos, sucede en el espacio político la reutilización de estas formas básicas de solidaridad social para conseguir beneficios inmediatos.

Al respecto, permítanme contar de forma muy breve la siguiente historia. Yo tengo un pariente que tiene cierto capital simbólico y cultural en San Juan Bautista, un distrito de la provincia de Huamanga que forma parte de la ciudad de Ayacucho. Con tal capital, se animó a participar en elecciones para la municipalidad; así, se contactó con uno de los vecinos, quien es ingeniero, y este le dijo: “Perfecto, yo te voy a ayudar en tu campaña, no te preocupes; pero, cuando ganes tienes que ser recíproco conmigo y me tienes que dar la licitación de las obras públicas. Solamente te voy a cobrar el 10%”. Entonces, tenemos una democracia étnica que ha cosechado el fruto dulce de la participación de campesinos, líderes de rondas y pobladores rurales en espacios políticos y su incorporación a órganos de gobierno como las municipalidades, los gobiernos regionales o el Congreso; pero también ha producido el fruto agridulce del utilitarismo que perfectamente cuaja en un mundo posmoderno donde el hedonismo y el presentismo priman sobre lo social y lo futuro.

Respuesta de Vicente Alanoca

Muy buenas tardes, agradezco a los organizadores, yo estoy perdido, un poco despistado. Yo vengo de una comunidad, he sido autoridad originaria en la comunidad, he estado en la academia, he estado en espacios como este; entonces, se me hace un poco complicado de dónde hablo. Voy a tratar de ver si convence algo de lo que voy a decir. Askí suma uruphana taqi jumanakataki, “que sea una buena noche”.

Yo creo que hablar de Puno, ya saben, cuando Dina dice ‘Puno no es el Perú’, entonces, yo no soy peruano, soy aimara. Creo que habría que hablar de dos contextos territoriales: Norte Puno, es Norte de Puno y Sur Puno, de dónde provengo. Entonces, ahí vamos a hablar de tres momentos también. Una etapa que tiene siempre esa cuestión estigmatizante, no solo desde la clase política, sino desde la Academia que dice, por ejemplo, un libro que he visto: ‘El Perú visto desde las Ciencias Sociales’ (Fairlie, 2016) ¿las ciencias sociales desde dónde? Entonces, hay una cuestión de los indios, que, seguramente, para muchos estamos aquí. Después, hay un salto cualitativo, diría, a partir de las reformas, en que no se quiere ser indio, sino pasar a campesino. Después de los años 1990 va a haber esta cuestión del salto, ya no solo campesino, sino esta pertinencia, como algunos dicen colonialmente y coloquialmente ‘étnico’. Entonces ahí vamos a ver esta cuestión de sentido pertenencia. Entonces ya no es indio o campesino, sino aimara, quechua que tiene que ver con la cuestión identitaria. Ahí tiene que ver mucho la presencia

de las organizaciones, como la Confederación Campesina del Perú (CCP), con una base muy fuerte y muy protagónica en las dos zonas, la zona Norte y la presencia de la Confederación Nacional Agraria (CNA) en la zona Sur, luego de que Alan García se quedó desconcertado por perder el tema de control del área rural. Después la Unión Nacional de Comunidades Aymaras (UNCA), ahora fragmentado, el Ministerio de Cultura va a reconocer como un espacio legítimo de representatividad, pero nada tiene que ver en otras comunidades aymaras.

Estos espacios han servido como espacio de control. Puedo decir con mucha alegría y también con mucho coraje, ¿por qué entró Sendero Luminoso a las zonas? Hay cosas inéditas de Sendero Luminoso, quizás lo digo ahora. Nos cuentan que un día pues llegaron a adoctrinar, por ejemplo, a la zona norte o la zona alta de Ilave, donde unos 40 muchachos habían sido desaparecidos, es inédito como una cuestión del mismo; nunca entró a la zona aimara, pero sí a la zona quechua. Sin embargo, ahí hay que reconocer el rol protagónico de las rondas campesinas, que ahora se han reducido en una cuestión estrictamente jurídica, pero han sido como una suerte de choque y fuerza esta organización.

Yo creo que lo que se produce en Lima, en otros contextos, se reproduce en las regiones. Por ejemplo, nosotros decimos, la gente dice, que no hay partidos, ¿cómo que no hay partidos? El partido se reduce a las acciones de personas, la K de Keiko, de T Toledo, O de Ollanta, PPK con ‘Peruanos Por el Kambio’. Igual se reproduce ahora, por ejemplo, seguramente va a haber pregunta ‘RH’, ¿no? Richard Hanco “Reforma y Honradez por más obras”, o sea se reproduce. Entonces, creo que es una forma de práctica. Me acuerdo de una profesora mía decía: No saben elegir en el Perú, todo es problemas en el país. Claro, yo de una comunidad, el que decide no es Puno, ¿no? Sino es el espacio donde está la Academia, que es Lima. Entonces, creo que hay cosas pendientes que hay que resolver. Por ejemplo, me acuerdo y termino con esto, Diana es de la zona lago y un día se acercó un grupo de jóvenes, formados ideológicamente, a adoctrinar y salió un dirigente y dijo: Nosotros estamos en la lucha, te vamos a apoyar, pero ¿con qué, honda, piedra o qué? La segunda pregunta era: ¿qué base representa? No tenía base, y una cuestión legítima en Puno es la pertenencia territorial. Ellos dijeron: si no tienen base, no tiene sentido apoyarte, les vamos a dar cinco minutos de tiempo para que puedan retirarse. Estos hechos, como el caso del 2004 en Ilave, el Aymarazo en 2011 y otros más que han marcado, son lecciones que hay que aprender. Entonces, esto es una tarea que, quizás, en este tipo de eventos tal vez en algunas investigaciones culturales, todavía hay cosas inéditas. Los invito para que podamos ir trabajando.

Respuesta de Diana Flores

Gracias, también vengo del sur y fui colega de Vicente en la Universidad Nacional del Altiplano. Les voy a compartir la palabra tanto desde mi condición actual como investigadora en el doctorado de Sociología en la PUCP, como desde mi compromiso personal y comunitario, ya que también he sido parte de las delegaciones movilizadas desde Puno en el conflicto político en curso.

Sobre la primera pregunta, siempre me ha llamado la atención que se diga que desde el año 2000 se “retornó a la democracia” en el Perú. Me parece, más bien, que tendríamos que preguntarnos: ¿por qué algunos grupos, en aquel entonces, se sentían más cómodos con el tipo de democracia que se “recuperó”y, en cambio, otros no hayan percibido que la situación política mejoró sustancialmente? Al respecto, considero que desde inicios del nuevo siglo lo que hemos tenido es una democracia sustentada en la idea de un “chorreo democrático”. Es decir, una democracia que se concibe por etapas. La misma postula que lo primero es garantizar las elecciones, la división de poderes y algunas instituciones mínimas; y después, en segundo lugar, “chorreará mayor igualdad”, mayor redistribución económica y justicia social. Una democracia que deja en segundo plano garantizar condiciones económicas más equitativas y que, en el mejor de los casos, reconoce nominalmente a los grupos históricamente excluidos, como los pueblos indígenas, pero que no garantiza que seamos sujetos políticos partícipes de la dirección del país. Me refiero a que no seamos considerados solamente receptores de programas sociales, como lo pretende hoy en día la persona que está en el gobierno (Dina Boluarte); sino que la democracia nos garantice condiciones para ejercer como sujetos disputando la administración y la orientación política de nuestros territorios.

Entonces, de forma similar a como nos vendieron la idea del “chorreo neoliberal” que, “si tú apoyas la inversión económica, entonces, en algún momento, eso va a repercutir en reducir significativamente la pobreza”; también se ha instaurado en el país una idea hegemónica de democracia en la que nos dice: “no te preocupes, mientras haya instituciones democráticas, en algún momento tu situación va a mejorar significativamente”. Es evidente que esto no ha pasado. Ni en términos monetarios-económicos, ni en términos políticos, es decir, respecto a la capacidad del estado para generar condiciones en que las/os ciudadanos realmente puedan direccionar sus vidas a algún lugar de emancipación, tanto individual como colectivo-comunitario. Este objetivo, democrático, no ha sido prioridad de la democracia a la que se “regresó” desde el año 2000.

Es fundamental precisar que la democracia hegemónica, a la que Carlos Franco se refiere como “demoliberal” en su obra *Acerca del modo de pensar la Democracia en América Latina* (2022), no ha logrado generar cambios significativos debido a su incapacidad para transformar el Estado colonial, criollo, racista, uninacional y oligárquico que persiste en la región. Es decir, el tipo de estado que hemos tenido no ha logrado representar nuestros intereses, valores, instituciones y propuestas. Una evidencia concreta de esto resulta de preguntarnos qué lugar efectivo le reconoce el Estado peruano, y este régimen democrático, a las y los tenientes gobernadores de las comunidades campesinas de Puno, especialmente de zona aymara. Autoridades comunitarias vigentes que, por cierto, en marzo de este año en un número de más de 400 se reunieron a discutir la situación política nacional. El Estado, empero, se ha relacionado con dichas instancias políticas casi

solo a través del Ministerio del Interior, cuando les pide registrarse para que sean “informantes” y les niega su rol en la gestión más autónoma del territorio y la vida social de las comunidades campesinas.

Retomando la claridad de Franco, es importante señalar que, en América Latina, ante la necesidad de salir de los autoritarismos y las dictaduras, se instauró la idea de que cualquier tipo de democracia era mejor como alternativa. Y aunque efectivamente los cambios institucionales eran necesarios, el problema es que las clases políticas que tomaron estas decisiones también renunciaron a la posibilidad de que la democracia promoviera cambios estructurales y, como mencionamos al inicio, “celebraron el retorno a la democracia”, desistiendo de concebirla y disputarla como un proyecto político en constante búsqueda del bienestar social. Las clases medias, especialmente aquellas asentadas en Lima, se alinearon con esta lógica. Sin embargo, muchos sectores, como la población originaria de Puno, no renunciaron a esta aspiración.

Ahora bien, ¿qué nos ha dejado este “tipo de democracia” centrada en la convocatoria a elecciones? Nos ha dejado una dolorosa fragmentación entre las partes del país que tenemos distintas expectativas sobre lo que esperar de la democracia. De modo que cuando alguien desde el sur dice que ni ahora ni antes teníamos una democracia también se refiere al racismo y a lo “injusto” que considera que algunos puedan crecer económicamente y otros no, o que a sus negocios se les exija tributariamente, pero a acaudalados actores como el alcalde de Lima se le permita tener deudas millonarias con el estado. No pretendemos discutir aquí la informalidad económica ni representar todas las posturas de la región, pero sí señalar que la comprensión de la democracia en nuestro territorio no está limitada al reconocimiento nominal de los derechos de participación, sino también al ejercicio político frente al racismo y al derecho a participar en el mercado en condiciones más equitativas. Sobre esto último, debiéramos decir también que las lecciones históricas sobre el neoliberalismo nos han enseñado que la igualdad y el bienestar no parecen ser horizontes posibles en su estructura.

Finalmente, Carmen Ilizarbe nos pregunta, ¿qué nos dejan estos años después del 2000? Considero que, sí nos lo permitimos, pueden dejarnos la lección de pensar la democracia desde necesidades y expectativas diferentes. Pero que, en cualquier caso, ésta no debiera permitir que se nos mate por decir lo que pensamos, como ha sucedido en el conflicto político en curso. Además, debiera llevarnos a interpelarnos sobre los límites de las elecciones: no todos se soluciona proponiendo que los actores en protesta postulen y para que la democracia sea igualdad y bienestar, implica un trabajo estructural, cotidiano y comunitario sostenido. Desde el sur, con nuestras propias contradicciones, caudillismos y autoritarismos internos, creo que sabemos que la democracia es mucho más.

Segunda ronda

Carmen Ilizarbe:

Muchas gracias por sus intervenciones en esta primera ronda. Ahora, en la segunda parte quisiera pedirles una reflexión, centrándonos más en un importante acontecimiento reciente, lo que hemos venido a llamar el ‘Estallido Social’ de los años 2022-2023 en reacción al discurso de autogolpe de Pedro Castillo, su destitución y encarcelamiento, y la subida al poder de Dina Boluarte facilitada por el Congreso. En este episodio notable de nuestra historia reciente, y quizás incluso de nuestra historia republicana, el liderazgo de lo que llamamos el sur andino ha sido prominente. Entonces, yo quisiera pedirles reflexionar sobre las características y fundamentos de la participación política de las regiones que, incluso electoralmente, han colocado o han vetado presidentes impulsados más desde Lima en el siglo XXI. Entonces, ¿cómo caracterizar está participación? ¿Quiénes son los actores sociales principales?, pero, también ¿cuáles son los retos que se enfrentan para una participación política democrática, articulada, que incida efectivamente en la política nacional? ¿Cuáles son los puntos de convergencia en relación a la democracia?

Respuesta de Luis Nieto Degregori

Yo tuve la oportunidad, a fines de febrero y marzo del 2023, de hacer entrevistas con dirigentes sociales que habían tenido una participación importante en el estallido (Nieto Degregori, 2023b). Por encargo de una coordinadora de ONGs, el Grupo Propuesta Ciudadana, pude hablar con dirigentes de las provincias de Canchis, Calca, La Convención y la propia provincia de Cusco. Allí pude ver que el protagonismo durante el estallido social lo tuvieron principalmente los sectores campesinos, las comunidades campesinas y sus diversos tipos de organizaciones, como juntas de regantes, por ejemplo, así como también los sectores indígenas de las pequeñas capitales de provincias, como pequeños comerciantes, vendedoras de mercados, transportistas, mototaxistas. Este conjunto de organizaciones rurales y urbanas se movilizaron en sus propias provincias y realizaron también marchas permanentes desde las provincias a la ciudad de Cusco. No se trató de acciones coordinadas, sino espontáneas. Desde cada provincia miles de personas llegaban cada día al Cusco, recorrían la ciudad y regresaban a sus lugares de origen.

Otro aspecto de estas movilizaciones que pude percibir, y en esto coincido con lo señalado por Diana Flores, es el deseo de reconocimiento, el deseo de participación, el deseo de no ser despreciado o ninguneado. Todas estas poblaciones habían sentido que la destitución de Castillo era el desconocimiento del voto que habían emitido en las elecciones del 2021 y por eso, empiezan a movilizarse. Estas movilizaciones, es necesario precisarlo, escalan enormemente a partir de las sucesivas matanzas que ocurren en Andahuaylas, Ayacucho y luego

Juliaca y colocan como uno de los principales puntos de agenda la convocatoria a una asamblea constituyente.

Confundiendo los procesos sociales de largo aliento con el juego político cotidiano, la mayoría de análisis pone el acento últimamente en el reflujó de las movilizaciones y en la posibilidad de que el gobierno de Dina Boluarte llegue hasta el 28 de julio del 2026. Se deja de lado así lo verdaderamente sustantivo, que es entender que hemos entrado en un nuevo ciclo de nuestra historia republicana, en el que las mayorías indígenas y mestizas de origen indígena han decidido asumir el protagonismo en la construcción de un nuevo Estado nación que finalmente recoja sus derechos y su visión del mundo.

Voy a mencionar algunos indicios de que esto es así. Por ejemplo, estamos ante el surgimiento de poderosos liderazgos femeninos que giran en torno a la defensa del territorio contra las actividades extractivas y en general de los recursos naturales como la tierra y el agua. Una publicación reciente del Centro Bartolomé de las Casas da cuenta de esto. Se trata de una historieta que recoge los testimonios de cinco mujeres líderes y que es un adelanto de un libro de testimonios de once lideresas indígenas de las regiones de Cusco y Apurímac (Silva Santisteban, 2024).

Otra señal muy interesante que veo es el fortalecimiento de una intelligentsia indígena. En el caso de Cusco, por ejemplo, hay un centro de estudios de jóvenes universitarios que se llama Saturnino Wilka –dirigente indígena de las tomas de tierra de los años cincuenta y sesenta– que están trabajando, desde las ciencias sociales y la filosofía, los temas de representación política de los sectores indígenas y de la fundación de una nueva república.

Es muy importante destacar, asimismo, la capacidad organizativa de las comunidades campesinas durante el estallido social, sobre todo en varias provincias de Cusco como Canchis, Anta, Calca, Espinar, donde estuvieron en condiciones de sostener durante varias semanas el bloqueo de carreteras, al extremo de que la ciudad de Cusco quedó completamente desabastecida de gas y gasolina. Estas mismas comunidades estuvieron en capacidad de organizar las delegaciones que viajaron a Lima la segunda quincena de enero del 2023 para la así bautizada toma de esta capital.

Finalmente, yo creo que en las últimas dos décadas se ha consolidado una pequeña burguesía indígena bastante variopinta en las capitales de provincias, conformada por sectores como las mercaderes de mercados y en general dueños y dueñas de pequeños negocios, transportistas interprovinciales y urbanos, el profesorado, trabajadores de construcción civil, servidores de los organismos públicos, etc. Todos estos sectores tienen un peso económico gravitante en sus ciudades de provincias, como se ve, por poner solo un ejemplo, en el caso de los transportistas. Vale la pena recordar, al tocar este punto, lo que se decía en los grandes medios de comunicación sobre las movilizaciones indígenas en Puno y en Cusco. Haciéndose eco del discurso manejado por el gobierno, se repetía que la minería ilegal y el contrabando habían proporcionado las camionetas para que las delegaciones se movilicen.

En realidad, lo que ocurrió fue que los dueños de combis de transporte interprovincial, que conforman toda una red en cada provincia, fueron quienes facilitaron decenas de combis. y en algunos casos hasta más de una centena de combis, para movilizar a quiénes querían llegar a la ciudad de Cusco para manifestarse.

De allí que yo sostenga que de la capacidad que tengan los sectores indígenas en los próximos diez a quince años, por quedarnos en el mediano plazo, de construir representación política y un proyecto de nación dependerá el curso que seguirá o deje de seguir nuestro país.

Respuesta de Nelson Pereyra

Con respecto a la segunda pregunta, efectivamente, el estallido social del 2022-2023 en primera instancia tuvo una demanda política relacionada con la finalización del gobierno de Dina Boluarte, la salida del Congreso y el adelanto de elecciones. El problema es que, para un sector de la prensa y de la opinión pública, era inconcebible que los pobladores de la zona rural y del interior del país planteen demandas políticas. Incluso, la misma presidenta Boluarte en alguna ocasión pidió a los manifestantes que no reclamen cuestiones políticas sino asuntos sociales.

Asimismo, considero que hay un elemento subyacente a las protestas que tienen que ver con la crisis del Estado-nación que surgió a inicios de la República. No se trata solamente de la crisis de la política, sino de algo más grande: de la crisis del Estado-nación y del sistema republicano constituido hace 200 años. La historiadora Susana Aldana señala que ambos fueron una fuerza centrípeta o, mejor dicho, una suerte de envase que contuvo, de forma más o menos exitosa, las tendencias y facciones regionales y regionalistas. En nuestra historia republicana hubo dos momentos en los que este contenedor funcionó adecuadamente: el gobierno de Ramón Castilla en el siglo XIX y el régimen de Augusto B. Leguía en el siglo XX. Pongo el siguiente ejemplo: en 1921 estalló en Tocroyoc (Chumbivilcas, Cusco) un movimiento campesino bajo el liderazgo de Domingo Huarca que demandaba la creación de un mercado para que los campesinos negocien directamente, sin intermediarios, la lana que era reunida por los acopiadores para ser exportada a través de Arequipa al mercado mundial. Lo que estos pobladores estaban pidiendo hace 100 años era el control directo del recurso. Inmediatamente fueron reprimidos por las autoridades del lugar y por los hacendados; claro ejemplo de forma como el envase del Estado-nación y sus conexiones regionales contenían este tipo de tendencias.

Lo que observamos hoy es la crisis del contenedor Estado-nación y, por consiguiente, la aparición de movimientos regionales y estallidos sociales que plantean demandas políticas, además de control de recursos, gobierno del territorio regional, reconocimiento de ciudadanía, derechos políticos y diversidad. Pero, aparece la pregunta: ¿por qué en el norte no y en el sur sí?

Porque el norte, desde mi lectura, ha tenido mejor éxito en sobrepasar la dimensión del Estado-nación y conectarse directamente con la política nacional o el mercado internacional. Para el sur ha sido más difícil y es donde peor ha funcionado el Estado-nación, especialmente durante el Oncenio de Leguía (1919-1930) quien se relacionó con las clases medias emergentes y entró en conflicto con las tradicionales élites de hacendados. Pongamos otro ejemplo: ¿quién es el político norteño más influyente en los tiempos actuales? Quien tiene “plata como cancha”. Ello nos lleva a señalar que un movimiento social vinculado a la crisis del Estado-nación en el norte es más difícil; esto, además, guarda relación con la inseguridad ciudadana en este espacio regional, porque el éxito empresarial y comercial, que rebalsa el envase del Estado-nación, genera una mayor actividad delictiva. No olvidemos que el despegue comercial del espacio norteño es un fenómeno histórico que viene del siglo XVII.

¿Y qué es lo que viene a continuación? Pienso que vamos a continuar con la crisis del Estado-nación expresada en las demandas y agendas regionales y en los movimientos sociales. No puedo predecir si estas excederán los límites de la violencia o si presenciaremos una nueva represión similar o peor a la que sucedió en diciembre de 2022 y enero de 2023. Solo quiero precisar, por un lado, que en esta represión en Ayacucho ha ocasionado aproximadamente 10 víctimas y nos ha hecho recordar a los ayacuchanos el accionar de las Fuerzas Armadas en el período de violencia política, cuyo recuerdo aún es evidente. Por otro lado, existen varios detalles del estallido social de 2022-2023 que no han sido descifrados adecuadamente. ¿Por qué el interés de los manifestantes de tomar aeropuertos? En primer lugar, para evitar la llegada de más contingentes policiales. Pero, ¿cuál es la carga simbólica de la toma de aeropuertos como el de Andahuaylas, Ayacucho o Juliaca? El emblema de la modernización que conecta la región con el mundo de afuera. Una clave que merece ser descifrada para un mejor entendimiento de lo que ocurrió en el interior del país en el 2022-2023.

Respuesta de Vicente Alanoca

Voy a compartir una conversación que tuve (con una persona), no voy a decir la universidad, que estuvo como vicerrector del posgrado, decía: que es una influencia boliviana de Evo lo de Puno, mire que indignante. Yo estuve en España los tres meses, enero, febrero y marzo, fíjense cómo piensan, y la cosa cambia cuando ves cómo la prensa internacional muestra lo que pasó en San Marcos, después estaba la gente del sur andino y en la Guerra de Ucrania y Rusia se ve eso. O sea, atacar al centro donde se genera conocimiento.

Yo creo que han dicho muy bien los compañeros. Esa cuestión de las formas de organización, yo vengo, yo soy nada, de una comunidad y la forma de organización es muy sistemática. Y, ¿por qué eso funciona? Hay una generación de licenciados, cuando todavía era obligatorio el servicio militar, es muy orgánico, es operativo, hay gente decidida a

dar la vida por el país, esa acción de la dignidad colectiva y cuando es afectada la decisión es colectiva, entonces, es colectiva la respuesta. Eso es importante, digamos, para poder si quieres descifrar.

Bueno, lo otro, yo creo que hay una historia que remarca también esta cuestión de que el 2.8% que se autodetermina aymara en el Perú no sólo es cuando nos preguntan, mira, el 7 de diciembre está en Lima. Hace 50 ó 100 años había gente ahí. Hay un centro comercial que se llama Centro Comercial Unicachi, está ahí hace 50 años o más. Entonces, ¿qué tipo de información es creíble? Claro, los aimaras no tenemos periódico, a las justas tenemos una radio, pero es un referente nada más. Entonces pienso que ahí el tema del estallido tiene que ver con estos dos aspectos: el sistema de organización y el tema de la conciencia colectiva que tiene esa población, sobre todas las comunidades, es muy orgánica. Por ejemplo, si se dice en algún medio que solo hay 20, mañana tienes 30000, 28000, 5000, 10000 aymaras, porque están decididos a luchar por esta acción de la colectiva. Entonces, por ejemplo, ahí podemos ver, ya ahora no se los tiene muy pendientes, los gobernadores de algunos lugares, que se llaman ‘mallkus’ o ‘mama t’allas’ que son autoridades originarias y en muchos lugares como dirán no es aceptado el subprefecto; entonces, claro “es otro Estado, y acá hay que meter bala por sacar alguna norma frente a eso”.

Y creo que esto es una lección que mucha gente va aprendiendo, yo tengo compañeros, amigos que son militares, yo tuve la suerte de ser militar. Justo estaba con un general que decía “cuándo murieron los seis soldados en Ilave es muy cerca a mi comunidad y alguien diga, gente en Lima, congresistas, que digan que es una cuestión de que se ahogaron por culpa de los dirigentes de las comunidades” ¡Esa es la lectura oficial para muchos! Para la Academia inclusive: ¿cómo puede ser que tu hijo se ahogue? Es una disposición que alguien tiene que cumplir, ¡cumplir sin dudas ni murmuraciones! con 100 ó 200 kg de munición y todo el equipo. Este es el lugar más peligroso de la zona, donde no se puede nadar hay cosas como eso, ¿no? No se habla de otras muertes, también, eso es por cuestión de miedo todo esto.

Bueno yo creo que los retos son muy fuertes. Por ejemplo, no hay partidos, ni de derecha ni de izquierda, que todavía están poniendo en su agenda esa cuestión de lo identitario, de la cuestión comunitarista, que hay en la comunidad. Por ejemplo, hay lugares donde no tienen propiedad en la comunidad y siempre es de todos, no es nadie, las cosas no tienen dueños en las comunidades, es de todos. Yo a veces trabajo con ronderos y me dicen “eso está cambiando”. Sin embargo, creo que, y termino con esto, hay sectores estatales, como los programas sociales, que están conectando en su entorno, en su realidad. Y de ahí viene esa cuestión de la crisis económica. Sin embargo, este año, o los últimos dos años, la gente se dio cuenta porque hay buena producción, yo tengo 56 años y hemos cosechado papa como nunca, y la gente confía más en que no solo la alternativa es la minería, sino tam-

bién es la agricultura; y la agricultura se traduce en la crianza; no solo en la crianza como producto, sino en la crianza de la vida. Entonces, ahí como que a veces no se entiende.

Por otro lado, yo creo que ahí demuestra la población, o como reto en esta, la cuestión que salió muy bien, esa muy sabia el pueblo, esta democracia ya no es democracia, el pueblo te repudia, “Dina asesina”, la presidenta no sirve, un letrado tremendo que dice que dice “queremos que te vayas”. Entonces, teniendo tantos ministerios, ya creo que es una cosa muy clave el no recibir autoridades que se han coludido con eso y necesitamos de ese proceso para evitar estas prácticas y también se respete esta cuestión de la identidad colectiva. Yo creo que las próximas elecciones, sean derecha, de izquierda o quien gane, todavía no tiene en su agenda la identidad del país, no solo desde los pueblos originarios, sino pensar en estos 55 pueblos que el propio Ministerio de Cultura ha identificado. Mientras eso no se entienda así, creo que vamos a seguir hablando, quizás, de unos 100 ó 200 años más. Sin embargo, yo creo que la esperanza se traduce en gente que, desde la Academia, vamos aportando en este proceso, de la juventud que va pensando de una manera distinta, sin fundamentalismos ni egocentrismo, porque a veces se traduce o caemos en esa tentación. Muchos no creen ni creían, como Aduviri, yo me acuerdo cuando trabajé con él en Ilave y fuimos parte de la gestión municipal pusimos una frase: “Ilave Capital de la Gran Nación Aymara”, él decía, “cómo ya estamos en momentos de globalización no puede ser” y ahora después de aprender y tiene que aprender y tenemos que seguir aprendiendo para refundar el país.

Respuesta de Diana Flores

Se nos preguntaba, ¿cuáles son las características que desde el sur andino pueden aportar al proceso de democratización, a partir del reciente “estallido”? Para responder, me concentraré en dos aspectos. La primera característica está vinculada a cómo concebimos y vivimos la política en nuestros territorios, que suele ser muy diferente a las lógicas más liberales. Nuestros aprendizajes históricos, y se ha hecho evidente en las recientes protestas, nos han mostrado que la política no es una práctica de especialistas ni un ejercicio ajeno a la vida cotidiana y en el que uno “incursiona” como quién se emprende un nuevo oficio. Más bien, si recuperamos las vivencias (Branca, 2017) del sur andino, especialmente las más cercanas a la vida comunal, podemos ver que la política es un servicio que desde wawa se enseña que nos tocará cumplir en algún momento. Dado que muchos cargos políticos comunales son rotativos y de que a lo largo de nuestra vida generalmente participamos de forma directa o a través de nuestros familiares en instancias colectivas de deliberación y toma de decisiones, ya sea en la ciudad o en el campo. Por ejemplo, la asamblea de la comunidad o del mercado, o de la asociación cultural donde bailamos. Estas experiencias nos ejercitan como ciudadanos/as desde la práctica cotidiana y comunal.

Esto no significa que no tengamos también complejas prácticas autoritarias o excluyentes, por ejemplo, podríamos discutir los llamados “caudillismo etnopolíticos” a los que hace referencia la investigación de Vera (2010), o que aún existen muchos retos para lograr que mujeres y jóvenes puedan participar plenamente en su diversidad en dichas instancias políticas.

Sin dejar de considerar lo dicho, empero, me parece importante reconocer el aporte de la cultura política del sur andino en su rechazo a que la política y la democracia le pertenezca únicamente a las élites políticas profesionalizadas. En ese sentido, podríamos estar más cercanos a pensar la democracia como un proyecto de autonomía permanente, como lo propone Castoriadis (2001). Un proyecto en el que, como me decía Sandra Parari, una comerciante de Juliaca, estamos muy conscientes de que seguiremos protestando nosotros y nuestros hijos, y que no hacerlo no pareciera opcional. Que nos toca estar presentes.

Una segunda característica de la política en el sur andino, útil para estar atentos a cuando las cosas no funcionan bien, pero también retadora para construir, es nuestra desconfianza a la fórmula tripartita del Estado-nación, el régimen democrático liberal y a Lima. Elementos que entendemos como parte del mismo paquete que nos prometió mayor igualdad en democracia, pero que poco se ha logrado.

En ese sentido, la desconfianza del sur a la que muchos hacen alusión a veces peyorativamente, nos ha protegido por mucho tiempo. Ha permitido que evaluemos críticamente el discurso del mestizaje y la estigmatización. No somos fáciles de convencer, pero también nos supone el reto de canalizar dicha exigencia en cuestionarnos, por ejemplo, qué pedirle a quienes quieran representarnos. ¿Es importante ser quechuas o aymaras? Claro que sí, pero ¿cómo?, ¿cuáles son nuestras agendas políticas, ¿qué deben representar? Asimismo, ¿es importante que participen mujeres? Indudablemente, pero ¿qué historia y posturas deben tener esas mujeres? Como se ha dicho bastante desde Puno: su condición de género no es suficiente.

A la vez, es pertinente cuestionarnos si nuestra legítima desconfianza podría obstaculizar la construcción de vínculos con otros territorios y, quizás, llevarnos a pensar que debemos satisfacer nuestras necesidades de manera aislada, sin reconocer el papel fundamental que desempeña el Estado en la garantía del bienestar social. El emprendimiento económico desde el sur, particularmente de Puno, da cuenta de nuestra enorme capacidad resolutive y la autonomía lograda, pero ¿el enorme sacrificio que se hace debe eximir al estado de sus responsabilidades? ¿Y qué tipo de estado? Como decía el boliviano Luis Tapia (2009) tal vez corresponda dejar de pretender que nuestra diversidad encaje en los formatos tradicionales de la democracia liberal y pensar en estados que articulen las autonomías territoriales. No será fácil y existen muchas tensiones detrás, pero me parece que lo más honesto para pensar la democracia hoy en día es construir con estas tensiones, en lugar de invisibilizarlas y desconocerlas. Si vamos a decir: “vamos todos por la unidad” podríamos partir por reconocer nuestras diferentes apuestas y aprendizajes. Gracias.

A modo de cierre

Carmen Ilizarbe:

Gracias a nuestra panelista y a nuestros panelistas. Hemos llegado al final del tiempo que teníamos previsto y lamentablemente no puedo abrir ya el espacio para las preguntas. Pero creo que aquí tenemos aportes muy interesantes, muy relevantes para seguir pensando y discutiendo, incluso quizás ahora en el corte acercándonos a conversar individualmente con los panelistas. Muchísimas gracias Vicente, Diana, Nelson y Luis. Lamentablemente es solo una hora, pero esperamos seguir conversando con ustedes en el transcurso de la conferencia. ¡Gracias!

Bibliografía mencionada durante la presentación

- Branca, D. (2017). *Identidad aymara en el Perú. Nación, vivencia y narración*. Lima: Editorial Horizonte.
- Castoriadis, C. (2001). La democracia como procedimiento y como régimen. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 83, 593-610. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i83.4664>
- del Águila, A. (2023). *Las raíces de la polarización en América. Los casos de Brasil, Estados Unidos y Perú*. Estocolmo: Idea Internacional.
- Fairlie, A. (editor) (2016). *El Perú visto desde las Ciencias Sociales*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Franco, C. (2022). *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina* (Segunda edición). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Muñoz, P. & M. Monsalve (editores). (2016). *Élites regionales en el Perú en un contexto de boom fiscal: Arequipa, Cusco, Piura y San Martín (2000-2012)*. Lima: Fondo Editorial Universidad del Pacífico.
- Nieto Degregori, L. (2023). Cusco: No una sino muchas crisis. *Revista Quehacer*, 12. Disponible: <https://www.revistaquehacer.pe/12/cusco-no-una-sino-muchas-crisis>
- Nieto Degregori, (2023b) *El estallido social en Cusco. Nuevas demandas, nuevos actores (de diciembre de 2022 a febrero de 2023)*. Lima: Grupo Propuesta Ciudadana.
- Silva Santisteban, R. (2024). *Defensoras de los territorios. Historias de vida de 5 mujeres del sur andino*. Cusco: Centro Bartolomé de Las Casas.
- Tapia Mealla, L. (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. Buenos Aires: CLACSO ; CIDES-UMSA : Muela del Diablo Editores : Comuna.
- Vera, E. (2010). *Cultura y política en Puno: el dispositivo de la identidad etnocultural*. Tesis para optar el grado de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. <https://hdl.handle.net/20.500.12672/2744>



PUCP

Departamento de Ciencias Sociales
dptoccss@pucp.edu.pe
6262000 anexo 4300